

LA POLEMICA DEL NACIONALISMO

Escribe: GERMAN POSADA

La polémica empezó con el artículo de Hernando Téllez, hace veinte días. Con el pretexto de defender a los escritores de su propia generación, a quienes, según él, se viene acusando sistemáticamente de producir una literatura desarraigada y ausente de la vida nacional, Téllez se lanzó a combatir las teorías de "nacionalismo literario" que actualmente se agitan en Colombia. En tono airado, expuso estos dos extremos: que el nacionalismo no es garantía de acierto en la creación literaria, pues la única garantía conocida es el talento del autor; y que el nacionalismo hispanoamericano es otra ilusión provinciana, ya que toda nuestra cultura procede de Europa y que América no ha aportado ninguna novedad a la cultura universal.

A todos los que estamos hablando de "las cosas de la patria", a todos los que quisiéramos ver surgir aquí un pensamiento y una literatura creados en función de Colombia y de América, nos ha asombrado la posición de Téllez, que nos parece contradictoria.

Porque él pertenece a una generación que, en realidad, se caracteriza por su espíritu nacionalista, como el propio Téllez se cuida de probarlo a lo largo del artículo. Es la generación de Los Nuevos, que hoy domina el panorama intelectual y político del país. Ni Téllez ni sus mejores compañeros son intelectuales desarraigados. Aunque él rechace toda consigna "localista", su fibra es colombiana. Su prosa, muy criolla y muy cosmopolita, se caracteriza por la finura, si no por el vigor. Se diría que, poseedor de todos los secretos del estilo, Téllez está a punto de alcanzar la plenitud literaria. Reconocido como uno de los prosistas más castizos del país, es un maestro de la *expresión nacional*.

Paradójicamente, la actitud teórica que acaba de adoptar no le revela como un maestro de la *comprensión nacional*. Sus palabras son fruto de un dudoso entendimiento del ser histórico americano y de nuestro destino como pueblo creador de cultura, tal como trataré de demostrarlo en esta nota, que se limita a reseñar el curso de la polémica.

Reseña no objetiva, desde luego, porque soy nacionalista de tiempo completo. Creo que Colombia es origen y meta de toda acción colombiana perdurable. "Yo soy yo y mi circunstancia", decía Ortega. "Yo soy mi circunstancia y yo", cabría decir aquí. "¡Y si no la salvo a ella no me salvo yo!".

Vuelvo a mi relato. "El Tiempo" ha sido, en estos meses, el principal vocero de las inquietudes nacionalistas. En estas páginas se ha estudiado el carácter propio y auténtico de nuestra literatura, y se ha solicitado, de todos los escritores, sobre todo de los jóvenes, una atención mayor a los problemas nacionales. En consecuencia, al día siguiente de la aparición del artículo de Téllez, el periódico convocó a público debate.

La réplica no se hizo esperar. Aparte de Téllez, cinco escritores han intervenido hasta ahora en la discusión. Son ellos Mendoza Varela, Luis Vidales, Antonio Montaña, Rodríguez Garavito y Caballero Calderón. Prueba de que la conciencia literaria de Colombia —la de claros destinos— no ha muerto. Padece hoy una crisis de desorientación, pero volverá a surgir, más alta que nunca, iluminada por la amorosa idea de patria.

La opinión de los cinco escritores está dividida; pero la balanza no se inclina a favor de las tesis de Téllez. Tres de los polemistas se han manifestado contra ellas, y los otros dos han guardado una significativa "neutralidad". Mendoza Varela, Vidales y Rodríguez Garavito son contrarios a ellas; Montaña y Caballero Calderón son "imparciales".

En una nota bellamente escrita, la primera de todas, Mendoza Varela explicó el sentido inmediato de nuestro nacionalismo. Los comentaristas que, en una u otra forma, hemos tocado estos temas —dice Eduardo Mendoza— queremos exigir de nuestros escritores menos desdén por las cosas de aquí, que requieren cotidiana atención. "Lo que aún sobrevive de los prosistas del siglo pasado es, curioso testimonio, aquello que se impregna, con más insistencia, de lo nuestro".

Luis Vidales, otro de los promotores del actual viraje de la atención nacional hacia Colombia, se ha limitado, de momento, a un "aperitivo" polémico. En una nota muy concisa, explica cómo lo nacional y lo universal no se contraponen, sino que han de conciliarse en bien de la patria, y cómo el país ha entrado ya a la "hechura de cosas", a "su" hechura, por una llamada del propio ser interno de Colombia. "Nos hallamos en la crisis de una nueva nación", dice Vidales. El promete explayar su clarividente teoría; a su espera quedamos.

Quien más ha penetrado en la medula del problema es, en mi concepto, Rodríguez Garavito. Comprendiendo que Téllez trata, ante todo, de poner en tela de juicio el valor y la originalidad de la cultura americana, Agustín Rodríguez responde con las siguientes razones.

Antes de la Conquista existía una que "la sangre es espíritu". Nuestra cultura americana floreciente, que no ha desaparecido del todo. Yo agregaría que, aunque el indio fue espiritualmente decapitado, su sangre sigue viva en América; y no olvidar patria se levantará con sus indios y mestizos —todos nosotros— o no se levantará.

Al caer "la sangre hispana en cauces aborígenes, nació —bronco conubio— un pueblo nuevo, una misión distinta e intransferible". Es verdad que debemos a España "todo lo que en un principio fuimos como integración cultural": idioma, religión, pasiones... Pero no solamente

la cultura preforma una nación... Es la tierra, la peripecia étnica... lo que fija y destila el auténtico destino de un pueblo".

"América se desvela en torno de sus propios abismos. Una misión intransferible... la convoca. Negarlo sería irse de bruces contra la realidad. Ninguna literatura por decantada, voluptuosa y otoñal que se la suponga, puede alejarnos de nuestra ruta". Pasarán los años y nuevas generaciones que no admiten fraudes en la cultura —concluye el brioso polemista— amarán la autenticidad americana de "Martín Fierro" y "La Vorágine", y habrán olvidado las lentas sabidurías de los escritores europeizantes —los que se olvidaron de sí mismos, de su América—.

Hasta aquí Rodríguez Garavito. En cuanto a las notas "neutrales" de Antonio Montaña y Caballero Calderón, hay que advertir que ellos intervienen en la polémica, pero no se enfrentan a los temas propuestos. Para Montaña —viejo amigo y contrincante de esta columna— lo nacional y lo universal son factores ajenos a la creación literaria; el escritor, que es un mundo, "debe arrancarse del mundo para poder redescubrirlo". Para Caballero Calderón— uno de los maestros del nacionalismo colombiano contemporáneo— el problema de nuestra literatura no está en reflejar lo nacional o lo universal. "El problema es que los escritores en Colombia no pueden escribir", a causa de la constante presión de la política en todas las actividades y a causa de la fatal derivación de los literatos hacia el periodismo, que los convierte en meros cronistas del suceso diario.

Ninguna de estas dos declaraciones aporta luz a la polémica. Quizás porque ni Montaña ni Caballero Calderón han medido el alcance de ella. Al primero le parece "un sofisma de entretención" y al segundo, una "discusión un poco bizantina". Nada más erróneo. Esta polémica, llevada a sus últimas consecuencias, desnuda la condición espiritual de América. Implica toda una metafísica continental. ¿Somos a no somos? *That is the question.*

La polémica del nacionalismo empezó con el artículo de Hernando Téllez. Debe seguir adelante. Todo el que tenga algo que decir, debe decirlo.